

Reflexión #3: Un mayor deseo de reunirse con el Señor y estar con Él

El éxodo de los Israelitas por el desierto los encontró preguntándose en varias ocasiones si Dios todavía estaba con ellos. ¿Sería Dios fiel a su promesa de alianza y los llevaría a un lugar donde fluía la leche y la miel? En medio de murmullos y gritos, se les presentó “un alimento desconocido”, el maná, que literalmente significa: “¿Qué es?” “Cuando le pidieron que les enviara codornices; los llenó de pan del cielo” (Salmos 105:40). Este “pan del cielo” les aseguró que Dios los acompañaría en su camino peregrino y nunca los abandonaría contra su voluntad. El maná alimentó su hambre, pero era un apetito adquirido que tenía que ser cultivado por una fe más profunda y confianza en el Dios que se expande en nuestros estómagos, nuestros sentidos, nuestros corazones y mentes.

Dios nos lleva a territorio desconocido en nuestras vidas, y nos pide que le ofrezcamos nuestra hambre, nuestra pobreza espiritual y nuestra vulnerabilidad. Nos ha permitido entrar en una pandemia global que nos ha dejado sintiéndonos secos y agotados. Al igual que los israelitas, estamos tentados a quejarnos y deseamos volver a como estaban las cosas. Dios puede encontrarnos en donde estamos y en nuestros términos, pero no nos deja permanecer encerrados en lo familiar. Jesús nos llama a salir de nosotros mismos a las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad por una comunión que perdura para siempre. Esta relación perdurable con el Dios Trino es en sí misma la “tierra prometida” buscada por los israelitas. La pandemia es una oportunidad más reciente para purificarse en su interior, para reconocer la presencia de Dios y para encontrar consuelo en nuestra dependencia de Cristo.

El Papa Francisco habla a menudo de una “iglesia de acompañamiento”, un término derivado de las palabras “cum pane”, lo que significa literalmente y espiritualmente “partimos el pan” unos con otros. La compañía privilegiada de los apóstoles en la última cena que oyó a su Amado Maestro llamarlos “amigos”, no esclavos, fueron inicialmente esparcidos por el caos de la crucifixión en sus células aisladas de miedo y vergüenza. Sin embargo, al regresar al Cenáculo con María y los otros, el Señor resucitado irrumpe en medio de ellos, desbloqueando sus corazones con la paz que sólo el Espíritu ofrece y no el mundo.

Se forma un nuevo hábito de estar unos con otros, especialmente en el Día del Señor. Al abrir las Escrituras, partir el pan y al levantar la copa de salvación, el vínculo entre ellos está sellado, porque saben que Jesús está misteriosamente presente en medio de ellos. Aunque pronto salen a vivir a Jesús y lo anuncian a los demás, este vínculo espiritual sigue siendo una fuente de fortaleza y consuelo sin importar a dónde los lleve el camino del peregrino.

Si bien la transmisión en vivo de la liturgia pueden ser una solución temporal por no poder estar realmente presente con Jesús y unos con otros, no es un sustituto de la “presencia” de Cristo que encontramos en la Misa: Ante todo, en las especies Eucarísticas de la Hostia y la Sangre Preciosa; en las escrituras proclamadas y predicadas, en el sacerdote que actúa en la persona de Cristo como cabeza del

Cuerpo; y en nuestras hermanas y hermanos uniéndose a nosotros en la oración.

Aquellos que se reúnen viven su sacerdocio bautismal dando gracias, haciendo ofrendas de sacrificios ante Dios, bendiciendo a Dios y edificándose unos a otros con fe, esperanza y amor. Jesús se entrega a nosotros en la Eucaristía, como anfitrión e invitado de nuestro corazón. Respondemos: “¿Qué me pides, Jesús?” para que realmente SEAMOS el Cuerpo de Cristo el uno para el otro, en un mundo herido y hambriento.

Más allá de la oportunidad de llevar la Eucaristía a los enfermos y a los que se encuentran confinados en casa, la reserva de Jesús en el tabernáculo refracta el amor tierno de Dios, una lámpara que brilla en la quietud de un espacio sagrado que mantiene una atracción magnética para aquellos que guardan la compañía de Cristo en sus corazones. Aunque seamos la única persona en la iglesia que ora ante el Santísimo Sacramento, nuestra adoración nunca es un acto solitario entre Jesús y nosotros mismos, sino que siempre es un acto de la Iglesia. La comunión de santos y ángeles nos rodea, cada uno reflejando un rayo de luz único en nuestro camino de lo que significa estar en Jesús. San César de Arlés aconseja: “Así como entras en este edificio de la iglesia, así Dios desea entrar en tu alma, porque él prometió: ‘Yo viviré en ellos, y caminaré por los pasillos de sus corazones.’”

Si ponemos atención a las promesas del Espíritu, eventualmente incluso en devociones santas como el rosario, novenas, coronillas y otras formas en que listamos palabras a menudo cederán a suspiros y gemidos, a llantos y alabanzas no expresadas. “Oh, cántale, canta su alabanza; ¡dile todas sus obras maravillosas! Gloria en su nombre; Que los corazones que buscan al Señor se regocijen. Vuelve al Señor y a su fuerza; constantemente busca su rostro” (Salmos 105:2-4). San Efrén nos recuerda que nuestra alabanza nos une a la alabanza silenciosa de los ángeles.

Incluso si la atracción gravitacional de nuestra propia humanidad nos mantiene a nivel de suelo, permanecemos bendecidos por el Señor que se acerca a nosotros al acercarnos a él. La inmediatez de su presencia a la que accede la fe es una fuente constante de gracia y gratitud de que nunca estamos solos. Jesús nos acompaña en cada paso del camino hacia el Padre.

◆ Preguntas de Reflexión

- *¿Dónde reconozco más fácilmente cómo Dios me acompaña a mí y a los demás? ¿Dónde es más difícil de reconocer?*
- *¿Dónde y cómo quiere Jesús encontrarme en mi hambre, mi pobreza espiritual y mi vulnerabilidad?*

◆ Oraciones de Intercesión

- *Por un renovado deseo de volver a la Misa dominical, para que los corazones de toda nuestra diócesis ardan con ganas de encontrar a Cristo en la Eucaristía, en la Palabra y en el Cuerpo de Cristo reunido, oremos...*
- *Por aquellos que tienen hambre de recibir a nuestro Señor en la Santa Comunión, que los que están confinados en casa, los enfermos, los que están en las instituciones de cuidado, los que se refugian de la enfermedad, y todos los que tienen hambre de nuestro Señor pronto puedan satisfacer esa hambre con el pan del cielo, oremos...*